

mos muchas de las que no pudo ocultar; pues los historiadores protestan que no han escrito todas las que sabian, siendo estas en tan gran número que, para narrarlas, se hubieran necesitado libros expresos. »

Dios le habia favorecido tambien con el don de profecía. Al principio de este capítulo vimos la que hizo de la decadencia del estado monástico en el desierto de Sceté, y la cual fué muy justificada por los acontecimientos. Tenia diez discípulos, uno de los cuales moraba en una celda separada, y el otro, llamado Juan, estaba cerca de él para servirle en su avanzada edad, ó para tributar á los que iban á verle los deberes de la hospitalidad. Esclareciéndole el Señor sobre los sentimientos interiores de este, hablóle en los siguientes términos para inducirle á corregirse: « Oídme, hermano mio Juan, y recibid con docilidad un consejo que quiero daros y que os será de gran utilidad, si os quereis aprovechar de él. Vos sois tentado por el demonio de la avaricia; porque yo lo he visto. Si recibis bien la advertencia que os hago, cumplireis con perfeccion la obra de Dios en este lugar. Os hareis célebre, y los juicios de Dios no os serán contrarios; pero si al revés no os rendis á mi amonestacion, caereis finalmente en la enfermedad de Giezi, cuyo pecado habeis ya contraido. »

El discípulo, en vez de aprovecharse de este saludable consejo, no pensó en enmendarse, y se realizó lo que le habia sido predicho; porque habiendo muerto el Santo, Juan fué hecho sacerdote despues de él; pero el demonio que habia cegado á Judas por la avaricia, cególe igualmente á él hasta hacer que se apropiase lo que pertenecia á los pobres; y finalmente, quince ó veinte años despues de la muerte de San Macario, hallóse tan cubierto de la lepra que se llama *elephantiasis*, que en todo su cuerpo no se encontraba la anchura de un dedo que no estuviese dañada por ella.

La misma caridad que le inducia á usar del poder de hacer milagros que habia recibido de Dios, hacia tambien que cuando se presentaba la ocasion procurase que fuesen de provecho al alma de aquellos á quienes socorría por este medio á medida que les aliviaba de sus males. Lleváronle una jóven cuyo bajo vientre estaba de tal manera podrido que salian de él gusanos, y el mal olor de la llaga hacía que nadie se atreviese á acercarse á ella. Viéndola el Santo, movióse á piedad y le dijo: « Anímate, hija mia: Dios te ha enviado estos males, no para darte la muerte sino para salvar tu alma... En seguida oró durante siete dias y derramó sobre ella acéite que el habia bendecido, invocando el nombre del Señor, y hallóse perfectamente curada. Pero para impedir que abusase de su curacion, quedó privada de toda hermosura.

He ahí algunas maravillas todavia más sorprendentes, pero de las cuales no debe uno admirarse en un Santo que Dios habia dado para hacer resplandecer la grandeza de su poder soberano.

Habiendo un hombre sido acusado de asesinato, del cual sin embargo era inocente, huyó á su celda por miedo de ser detenido y castigado como culpable, pero los que le perseguian llegaron á ella pronto despues, protestando al Santo que si no se llevaban consigo á aquel asesino para que se le hiciese justicia, se hallaban tambien ellos en peligro. El acusado protestaba que era inocente, y las vivas réplicas de una y otra parte no llevaban trazas de terminar. Viendo el Santo que dejándoles disputar más nada adelantaria, preguntó en dónde se habia enterrado al muerto, y fuése allá con los que querian llevarse al hombre á quien acusaban. Allí hincóse de rodillas en tierra, é invocó el nombre de Jesucristo; despues de lo cual dijo á los asistentes: « El Señor dará á conocer ahora si este hombre á quien acusais es culpable ó no. » Entonces, levantando la



voz, llamó al muerto por su nombre, y le dijo: « Os conjuro por Jesucristo que declareis si es este hombre á quien se acusa, el que os ha quitado la vida. » A lo cual respondió el muerto desde el fondo del sepulcro con voz inteligible, que no era él quien le habia dado la muerte. Todos los que se hallaban presentes, espantados por un milagro tan grande, se echaron á sus pies y le rogaron que preguntase al muerto quién era, pues, el autor de aquel asesinato; pero el Santo les respondió: « Esto me guardaré de hacerlo. A mí me basta haber demostrado la inocencia del acusado, sin dar á conocer al culpable, el cual quizás se arrepentirá de su falta, hará de ella penitencia, y salvará su alma. »

El abad Sisoés cuenta de él otra maravilla casi semejante. Cuando estaba en Sceté, decia este abad, con el abad Macario, nos fuimos siete juntos para segar trigo. Habia en el campo en que trabajabamos una pobre viuda que espigaba detrás de nosotros, y lloraba continuamente. El Santo viejo preguntó al dueño del campo la causa de esto, el cual le dijo que el marido de aquella muger tenia un depósito y que, habiendo muerto súbitamente sin decirle en dónde lo habia puesto, aquel á quien pertenecia queria tomar á ella y á sus hijos por esclavos. Entonces el abad Macario le dijo: « Decid á esta muger que venga á encontrarnos cuando descansemos. » Fuése á ellos la muger y habiéndole contado cuál era la causa de sus lágrimas, le dijo: « Llevadnos al punto en que está enterrado vuestro marido. » Cuando estuvieron alli, dijo á la muger que se retirase á su casa y él se quedó con los demás hermanos. Pusiéronse en oracion y, despues que la hubieron acabado, llamó al muerto y le dijo que declarase en dónde habia puesto el depósito que se le habia confiado. « Está en mi casa, respondió el muerto; se encontrará escondido á los pies de la cama. » El santo viejo añadió: « Dormid pues todavia hasta el dia de la resurreccion. » Los hermanos



*San Macario d'Egypte.  
— San Macario el Egipciano*



voz, llamó al muerto por su nombre, y le dijo: « Os conjuro por Jesucristo que declareis si es este hombre á quien se acusa, el que os ha quitado la vida. » A lo cual respondió el muerto desde el fondo del sepulcro con voz inteligible, que no era él quien le había dado la muerte. Todos los que se hallaban presentes, espantados por un milagro tan grande, se echaron á sus pies y le rogaron que preguntase al muerto quien era, pues el autor de aquel asesinato; pero el Santo les respondió: « Esto no guardaré de hacerlo. A mí me basta haber demostrado la inocencia del acusado, sin dar á conocer al culpable, el cual quizás se arrepentirá de su culpa, hará de ella penitencia, y salvará su alma. »

El abad cuenta de él otra maravilla casi semejante. Cuenta que en Sceté, decía este abad, con el abad Macario, con otros siete juntos para segar trigo. Había en el campo en que trabajabamos una pobre viuda que espigaba detrás de nosotros, y lloraba continuamente. El Santo viejo preguntó al dueño del campo la causa de esto, el cual le dijo que el marido de aquella muger tenía un depósito y que, habiendo muerto naturalmente sin decirle en dónde lo había puesto, aquel á quien pertenecía quería tomar á ella y á sus hijos por esclavos. Entonces el abad Macario le dijo: « Decid á esta muger que venga á encontrarnos cuando descanemos. » Fuése á ellos la muger y habiéndole contado cuál era la causa de sus lágrimas, le dijo: « Llevadnos al punto en que está enterrado vuestro marido. » Cuando estuvieron allí, dijo á la muger que se retirase á su casa y él se quedó con los demás hermanos. Pusieronse en oracion y, despues que la hubieron acabado, llamó al muerto y le dijo que declarase en dónde había puesto el depósito que se le había confiado. « Está en mi casa, respondió el muerto; se encontrará escondido á los pies de la cama. » El santo viejo añadió: « Dormid pues todavía hasta el dia de la resurreccion. » Los hermanos

Tome 2.



Grav. Delort.

*Saint Macaire d'Egypte.*

*San Macario el Egipciano.*

Imp. et. Charbonnier, Paris.



que se hallaban presentes se cayeron de miedo á sus pies al oír esto ; pero él les dijo : « Dios ha hecho esta maravilla no para mí, pues yo no soy nada, sino para asistir á aquella pobre viuda y á sus hijos huérfanos. » Él se fué al instante á encontrar á la viuda y le dijo en donde estaba el depósito, el cual pronto fué encontrado. De este modo ella lo devolvió á su acreedor y libró á sus hijos.

Pero la maravilla más culminante que obró San Macario, no ya tanto á causa del milagro en sí mismo, sino por la importancia del motivo, puesto que fué para confundir á un herege que negaba la resurreccion, y para confirmar á todo un pueblo en la verdadera creencia, es la que el abad Nesteros contaba á Casiano, y que fué tambien referida por Sozomeno, y por Rufino que la cuenta con alguna pequeña diferencia. He ahí cómo se la refirió el abad Nesteros : « Un herege eunomiense, tratando de corromper la sinceridad de la fe católica con sutilezas que el arte de la dialéctica le había enseñado, y habiendo ya seducido á muchas personas, conmovidos los católicos por la pérdida de tantas almas, se dirigieron al bienaventurado abad Macario para que remediase un mal tan grande. Este santo hombre dejó su desierto á instancias suyas y se fué á Egipto para librarlo de aquel diluvio de heregias que le amenazaba. Cuando el herege le vió, miróle como un bonachon, ignorante y grosero, y á quien creyó poder enredar fácilmente con sus sofismas. Pero el bienaventurado Macario oponiendo á sus largos discursos una brevedad y autoridad apostólicas, le dijo : *El reino de Dios no consiste en palabras, sino en la fuerza y en el poder.* Vamos, pues, amigo mio al cementerio vecino, é invoquemos el nombre del Señor sobre el primer muerto que allí encontremos. Probemos, segun está escrito, nuestra fé con nuestras obras ; y que se sepa hoy, no por una vana disputa de palabras, si-



no por un milagro de aquel cuyo juicio no puede engañarse, quién es el que enseña la verdadera fé.

« El herege, admirado de este discurso, pero no atreviéndose á rehusar el desafio en presencia del pueblo que le rodeaba, prometió ir al dia siguiente al cementerio. Todo el mundo se dirigió allá con la impaciencia de presenciar aquel gran espectaculo. Pero el miserable herege, convencido en su corazon de su infidelidad, y turbado por su malicia, se escapó no solamente de la ciudad, sino tambien de Egipto.

« El bienaventurado Macario esperóle sin embargo con todo aquel gentio hasta las tres de la tarde y, viendo que su mala conciencia le habia impedido de ir allá, llevó á toda la gente al primer sepulcro, y encontrando en él el cuerpo de un hombre que estaba enterrado hacia ya mucho tiempo : « ¡ Oh hombre ! le dijo ; ¿ si aquel herege, si aquel hijo de perdicion hubiese venido aqui conmigo, é invocando en su presencia el nombre de nuestro Señor Jesucristo te hubiese yo llamado, dime si te hubieses levantado delante de todo el mundo que ha sido casi seducido por aquel impostor ? » El muerto se levantó al instante é hizo señal de que lo hubiera hecho. El bienaventurado Macario le preguntó en seguida quién era, en qué tiempo habia vivido, y si habia tenido entonces algun conocimiento de Jesucristo. Respondióle que habia vivido en tiempo de los antiguos reyes, y que no habia oido hablar entonces del nombre de Jesucristo. Dormid ahora en paz, replicó Macario, y aguardad á que Jesucristo os resucite segun vuestro rango al final de todos los siglos. »

Tales eran las maravillas de su celo por el honor de Jesucristo, y tales los efectos de su viva fé. Como la confirmó con prodigios tuvo tambien la dicha de defenderla sufriendo valerosamente la persecucion. Dividióse con San Macario de Alejandria y otros Padres de aquellos desiertos, la

gloria de ser relegado á una isla desierta, por la impiedad de Lucio á quien los arrianos habian colocado en la silla de san Marcos, de la cual era tan indigno, y que entre los de su secta era uno de los más desencadenados contra la divinidad de Jesucristo. Lo que de él digimos á la larga en un capítulo anterior nos dispensa de estendernos más aqui sobre este punto de su vida, que le colmó de méritos delante de Dios, y que tanto honra á la Iglesia católica.

Finalmente este hombre tan célebre por sus prodigios, como dice Gennado, y que no lo era menos por sus heroicas virtudes, hallándose al final de su carrera, los ancianos de la montaña de Nitria le enviaron unos hermanos para rogarle que fuese á verles todavia una vez más antes que abandonase la tierra, porque era muy difícil que ellos fuesen todos á Sceté. Su caridad no pudo negarse á su invitacion. Trasladóse á su lado, y habiéndose juntado todos en torno suyo, los ancianos le suplicaron que digese algunas palabras de instruccion á todos los hermanos reunidos. No les hizo un largo discurso pero les dijo las siguientes tan conmovedoras palabras y que muestran que hasta el fin de su vida habia conservado un sentimiento íntimo de temor de Dios en su corazon. « Lloremos, les dijo, hermanos mios, y que nuestras lágrimas no se agoten antes de que vayamos á aquel lugar, en el que las que derramaremos, si no hemos llorado en esta vida, muy lejos de apagar el fuego que nos quemará, no serviran sino para encenderlo más. » Los hermanos se movieron tanto á compuncion al oir hablar de esta manera á un hombre tan santo y al mismo tiempo tan humilde, que todos se pusieron á llorar, se postraron en tierra y dijeron : « A vos que sois nuestro padre os suplicamos que rogueis por nosotros. »

Hay motivos para creer que no vivió mucho tiempo despues de esta visita. Dijimos que, siendo todavia jóven emprendió la vida ascética á imitacion de San Antonio, junto



á un pueblecito. Retiróse despues á la edad de treinta años al desierto de Sceté, en el que vivió sesenta años; así que murió en el año de Jesucristo 390, siendo de edad de noventa años. Paladio dice que solo habia un año que habia muerto, cuando él fué al desierto á ponerse bajo la conducta de San Macario de Alejandria.

Como habia sido el fundador de la órden monástica en aquel desierto, puede decirse que todos sus habitantes habian sido sus discípulos é hijos. Evagrio fué de este número, pero no supo imitarle en la pureza de la fe. Adoptó los errores de Orígenes y no podemos colocarle en esta recoleccion entre tantos personajes santos.

---

#### DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN MACARIO DE EGIPTO

Unos hermanos preguntaron á San Macario de qué manera debian orar, y él les respondió: « No hay necesidad de usar para esto muchas palabras; sino solamente levantad las manos hácia el cielo, y decid: « Señor, tened piedad de mí y hacedme misericordia de la manera que os plazca, y por los medios que veais que convienen á las necesidades de mi alma. » Y cuando nos sintamos apretados por la tentacion, dirijámosle tambien nuestra oracion diciéndole: « Asistidme, Dios mio; » porque como él sabe lo que nos es necesario, no dejará de venir en auxilio nuestro. »

Casiano, habiendo hablado en su libro quinto de las *Instituciones*, de la destemplanza de la boca, lo termina con aquella hermosa sentencia de nuestro Santo: « El bienaventurado abad Macario decia que un solitario debia apli-

carse tanto al ayuno como si estuviese seguro de tener que vivir todavia cien años, pero que debia despreciar tanto las pasiones de su alma, olvidar las injurias y renunciar á la envidia y á la mala tristeza, como si todos los dias tuviese que morir.

« Este primer pensamiento, decia él, hará al solitario sábio y prudente, y le hará guardar una severa uniformidad en su abstinencia, sin permitirle que se relaje bajo pretexto de la enfermedad de su cuerpo. Pero este otro pensamiento de su muerte próxima le hará despreciar todo lo que parece más dichoso en este mundo, pero le hará todavia firme é inquebrantable en todos los males, porque los mirará como lijeros y de ninguna importancia y tendrá siempre su corazon y sus ojos dirigidos al lugar al que en todos los momentos cree que pronto debe ser llamado.

En una conversacion con un solitario, el Santo le preguntó de dónde provenia que el recuerdo del mal que los hombres nos han hecho nos haga perder el recuerdo de Dios, y que no sucedia lo mismo con respecto á los demonios. Como el solitario le respondiese que no lo podia comprender, y le rogóse que resolviera él mismo esta cuestion, le dijo el santo viejo: « Es que la cólera que tenemos contra los demonios está en el órden de la naturaleza, mientras que la que tenemos contra los hombres es contraria á este órden. Así que esta última facilmente nos hace perder el recuerdo de Dios, y la otra por el contrario, está sin contradiccion; porque sabemos que Dios (Vit. PP. 1 c. 37, n. 4.) al principio solo crió cosas buenas, pero despues el diablo sembró el mal; y de ahí ha venido la pérdida de infinitud de personas. »

Añadió en seguida: « Un monge es culpable si, habiendo recibido algun agravio de alguno de sus hermanos, no va primero á él encontrarle con un corazon purgado por la caridad, porque como la Sunamitis no hubiese merecido